

DISCURSO DE CLAUSURA

Pío Cabanillas Gallas
Ministro de Cultura

Si la cultura es producto y consecuencia de la obra conjunta de los creadores humanos que el saber del pueblo asimila y sedimenta, no cabe duda de que la cultura española debe un recuerdo imperecedero a la memoria de Benito Pérez Galdós. Y no me refiero al decir esto, a su ingente aportación como novelista, como dramaturgo, y hasta —en pequeña parte— como poeta, sino a la huella que la obra galdosiana ha dejado en el español medio desde el último cuarto de siglo pasado, hasta los años treinta, cuando la tendencia fatal e ineludible de los ciclos literarios, que tanto han influido en la crítica española le hace perder atractivo en aras de modas pasajeras.

Muchos, recordamos ya, cómo los hombres de las generaciones de nuestros padres y abuelos, en sus últimos años, se refugiaban en la renovada y repetida lectura del Galdós de los Episodios Nacionales, de «Doña Perfecta» o de «Misericordia». Así fue descubierta esa Historia de la España del siglo XIX que no se aprendía en ningún manual, y que tampoco se encontraba en los numerosos volúmenes de Castelar o de Piralá, densos y discursivos. Era una historia viva tejida sobre un cañamazo de hechos reales, en el que se entrelazaban los personajes creados por él, los hijos de su fantasía, la vida nacional misma y la del Madrid de su época.

Como Balzac —del que fue admirador y lector infatigable— Galdós se propuso, y consiguió, pasar revista a lo largo de sus Episodios a la sociedad en que vivía, con una objetividad descriptiva que acaso le viene de su primera época de periodista, y que convierte su producción en un documento indispensable para todo el que quiera bucear en aquel momento español, sin quedarse en la superficie de las cifras y las estadísticas.

Su mordaz y aguda crítica de la burguesía, no oculta, sin embargo, su hondo sentimiento de afecto a aquella clase social que heredera de todas las virtudes y defectos del antiguo régimen, no pudo o no quiso hacer una revolución pacífica, a la europea, que hubiera evitado seguramente las guerras carlistas, las revoluciones del siglo XIX y otras grandes tragedias del siglo XX.

Esta burguesía, que cuando empieza a decaer económicamente se refugia en el «querer y no poder», que Galdós refleja admirablemente en la valoración de «lo cursi», actitud identificadora de aquel entorno social.

Parece ser —y se ha recordado con intención— que Galdós no conservó a lo largo de su vida más contacto con su tierra natal que sus tertulias y amistades canarias en Madrid. Pero se ha olvidado al hacer esta consideración que, precisamente, fue puramente canaria la etapa más decisiva de su vida, la de su formación como persona, la de su infancia y adolescencia. Aquí nació su enorme vocación por la pluma y su gran disposición para el dibujo que le lleva a llenar paredes, cartulinas y hasta los márgenes de libros y periódicos con personajes y motivos de la vida canaria. Aquí también, en la anfibia tierra, don Agustín Millares se encargará de despertar su interés por la música y ya a la temprana edad de doce años Galdós interpretará a Beethoven. Esta afición, tan poco destacada hasta ahora por los críticos, se plasmaría en un original intento: la aplicación de recursos musicales a la confección de su novela «Fortunata y Jacinta», calificada de «novela sinfónica» en la que recientes estudios han querido ver una coincidencia estructural y rítmica con los movimientos y tempos de la III Sinfonía «Heroica» de Beethoven.

Nunca pudo olvidar estos años y tanto debió de influir en su vida esta añoranza de la infancia feliz y esperanzada, que a través de su obra literaria aparece acaso por vez primera en la novela española, el personaje niño tratado con ternura y vivido como un ser digno de atención y afecto. Otro canario, José Betancourt («Angel Guerra»), rigurosamente estudiado por Antonio Cabrera, en su tesis doctoral, lo puso de manifiesto. Recordemos las Nelly y Dolly de «El Abuelo», el Celipín y la protagonista de Marianela, la simpática protectora de la sirvienta de «Misericordia», el Valentinito de «Torquemada en la hoguera»... seres todos que despiertan en el lector un sentimiento de entrañable y melancólico afecto a la infancia, reflejo acaso de la frustración paternal de don Benito.

Galdós era étnicamente un español típico, es decir, un producto de las distintas etnias que constituyen el pueblo español. Canario de nacimiento, del barrio de Vegueta en Las Palmas, era nieto de guipuzcoano de Azcoitia —la cuna de los Caballeritos de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País—. De modo que, tanto su biotipo —estirpe vasco - canaria— como su sociotipo —entre la Ilustración y el oscurantismo— nos presentan esa conciencia de español total, universal, por encima de limitaciones aldeanistas y de atrincheramientos ideológicos. Muchas veces se le utiliza para lo sectario, inevitable deformación que suele rodear el destino de las figuras auténticas.

Pasó por la política con un talante antidogmático; fue un republicano, que simpatizaba con Alfonso XII; y un sagastino, al que no le gustaba Sagasta. Pronto retornó a la realidad y se hizo espectador otra vez de todo y de todos.

El simbolismo que late en el fondo de muchas de sus novelas insiste una y otra vez en la necesidad de salvar a aquella España tan varia y diversa, y a la vez tan homogénea. Para Galdós, la regeneración de España sólo podría conseguirse por el trabajo y la educación. Su persistente lucha por la libertad, está matizada por un elevado espiritualismo y considera que aquella sólo puede lograrse mediante el respeto a la ley y la entrega al trabajo; los polos opuestos a los dos vicios desgraciadamente típicos de la España decimonónica: la anarquía y la vagancia. Estas ideas galdosianas no resultan demasiado alejadas de los problemas de nuestro tiempo.

Cabe preguntarse un siglo después, si en España hay mucho todavía de «Torquemada en la hoguera» que debe superarse precisamente como paso imprescindible, que nuestro país tiene que dar de la «incógnita» a la «realidad», igual que en el orden de creación y aparición de estos tres títulos de Don Benito.

Por ello no quiero terminar sin leerlos, precisamente en este trozo de España unas palabras tuyas. Están escritas hace mucho y parecen de hoy. Están escritas para vosotros por un hombre de vuestra tierra cuando la colonia canaria le rendía homenaje en el Madrid de 1900. Tienen la profundidad, la sinceridad y la vigencia de lo que es permanente. Son advertencia, consejo y lección. Dicen así:

«Ensanchemos acá y allá nuestros corazones, tengamos fe en nuestros destinos... imprudente y peligroso es hablar tanto de embestidas, de extranjeros codiciosos. España sufre pesadillas en las cuales sueña que la despojan, que la mutilan... Contra este pesimismo, que viene a ser una forma de la pereza, debemos protestar confirmando nuestra fe en el derecho y en la justicia, negando que sea la violencia la única ley de los tiempos presentes y próximos, y declarando accidentales y pasajeros los ejemplos que el mundo nos ofrece del imperio de la fuerza bruta. Ahora que la fe nacional parece enfriada y oscurecida, ahora que en nosotros ven algunos la rama del árbol patrio más expuesta a ser arrancada, vemos el ejemplo de confianza en el porvenir. No seamos jactanciosos, pero tampoco agoreros, siniestros y fatídicos. Nosotros los más chicos, seamos los más grandes en la firmeza y vigor de las resoluciones; nosotros, los últimos en fuerza y abolengo histórico, seamos los primeros en la confianza, como somos los primeros en el peligro; nosotros, los más distantes, seamos los más próximos en el corazón de la patria».